

Los compañeros de la Mandrágora (y III)

JORGE CACERES: EL PRISMA ARDIENTE

¿ESTE será el momento?

Yo no lo sé.

Pero habría que agregar de una vez por todas, cómo llevábamos surrealismo en nuestro corazón. (Y corazón es una manera de decir).

Años atrás, y esto para dejar las cosas en claro, Enrique Gómez Correa y yo habíamos intercambiado "las primeras ideas" en cuanto a una organización terrorista (bien entendido, terror, pánico, sentido ilegal de la existencia, amor, poesía, libertad, revolución, violencia, automatismo, actos negros, entusiasmo, sueño, delirio y pureza en su más estricto sentido moral), en cuanto a una organización terrorista que iría a buscar en la copa de la vida el más claro enunciado del placer.

Sólo años después, y la llegada de Teófilo Cid nos daría el número, número mágico naturalmente y, si se pudiera decir: número involucrado en la trigonometría del espíritu surrealista (por mucho que su sans facon nos prometiera inaugurar espectacularmente un ciclo de provocaciones directas a la realidad), sólo años después, y la llegada de Gonzalo Rojas nos prestaría la "salud" imprescindible para afrontar los hechos y mirar la vida cara a cara, y sólo años después, con la llegada de Jorge Cáceres —¿y me atreveré a decir que ahora está muerto?— la cerradura iba a corresponder a su llave, el ojo a su mirada, el misterio a la vida.

Más, de pronto, Jorge, frente a la noche, al espejo, al prisma, frente al mar de su frente, en su lecho dormido de un sueño eterno, de pronto su imagen se hizo múltiple.

Un leve esfuerzo físico le bastó para

tomar la capa en sus manos —la capa bajo la cual yacía—, y aunque después ninguna apariencia de desorden indicara el cambio (tal como sucede al tirar el mantel con todas nuestras fuerzas y con toda la rapidez posible, de tal modo que las copas, las botellas, los platos de comida y los floreros permanecen inmóviles sobre la mesa "como si nada hubiera pasado"), y aunque los objetos interiores y exteriores conservaran el equilibrio acostumbrado, algo nos indicaba a nosotros, sus amigos, que tanta elegancia, que tanta tranquilidad, que tanta inmovilidad, que tanto silencio no estaba en el programa.

Cuando ese día jueves yo contemplaba su rostro en el ataúd, bien sabía yo que Cáceres no participaba en esa fúnebre ceremonia, sino como de lejos, al estilo de un espectador, como al soslayo.

Tanto para él como para sus amigos, su muerte sería una experiencia, una poética experiencia.

Un mediodía permanente se abre para él, un océano se abre, se abre una puerta, y él está bañado por la luz, nadando en esas aguas profundas, viviendo en su casa verdadera.

Repito, no digo que Jorge no haya asistido al funeral, no haya mirado las cruces de estupor, el apogeo civil, pero al lado nuestro, comentando la noticia, como quien cumple con una obligación social: la verdadera vida está en otra parte.

Tu verdadera vida.

Adiós amigo mío, adiós mi poeta, adiós mi purísimo, mi perfecto, mi luminoso Jorge Cáceres.

Hasta que volvamos a encontrar nuestra poesía en otra parte. B. A.